

# EN MEMORIA del Jinete Molina

Gerardo de la Cruz

**Lleno de amargura, mas enamorado del peligro, Tríptico López decidió probar suerte en deportes de alto riesgo. En breve arrebató a Roberto el Negro Rodríguez la capitanía del H. Equipo de Montañismo de la Universidad Autónoma de Tenayuca (UAT).**

Al pie del Colmenar se aprecian dos grandes cruces de madera, que se yerguen, acaso para honrar, modestamente, la memoria de dos prominentes figuras del alpinismo nacional: Oliverio *el Jinete* Molina y Amado Mota, quienes intentaron conquistar esta escarpada cumbre. Las dos expediciones fueron fatales. La del Jinete, efectuada en solitario; la del segundo, realizada en compañía del regio Tríptico López, apodado *el Capi*.

Desde los cuatro años Tríptico López dio muestras de un singular talento para desempeñar tareas que requerían de habilidad sobrenatural y harta fortaleza física. A los once, ya era campeón goleador de la Liga de Fútbol Interescolar; al cumplir catorce, el mejor espadachín a nivel nacional en la categoría de cadetes y menores de veinte; a los diecinueve ganó el Campeonato

Juvenil Estatal de Lucha Olímpica y a los veintiuno perdió, por mínima diferencia de puntos, los Guantes de Oro en la Arena Coliseo de la Ciudad de México.

A su magnífica constitución atlética había que sumarle el atractivo físico. Tríptico era un mocetón bien parecido, de barba partida –estilo Jaime Moreno–, y movía curiosamente los músculos pectorales. Aunque entre los hombres despertaba un poco de envidia, esto fascinaba a las mujeres, que lo consideraban encantador y afirmaban que era el hombre ideal para satisfacer sus requerimientos amatorios: nunca hablaba más de la cuenta, siempre tenía preparada una rosa roja de tul en la guantera de su auto (un Chevrolet 1971), lista para caer en manos de una dama, ya fuera bella u horrorosa, y cinco pesos en la bolsa para invitarle un raspado en la Alameda a la

presa en turno. Empero, los cinco pesos permanecieron en el bolsillo de su pantalón, o en su chamarra o en la guantera del coche hasta el día de su autoexilio: la conquista deseada jamás se cruzó en el camino de Tríptico López.

Sin embargo, no todo era perfecto en la vida del deportista modelo: su soledad era de campeonato y en sus ojos acuosos, con la mirada fija en el techo de su habitación y clavada la nuca a un almohadón de plumas de ganso auténticas, titilaba la imagen sin rostro de la mujer de sus sueños.

Lleno de amargura, mas enamorado del peligro, Tríptico López decidió probar suerte en deportes de alto riesgo. En breve arrebató a Roberto *el Negro* Rodríguez la capitanía del H. Equipo de Montañismo de la Universidad Autónoma de Tenayuca (UAT), que estaba a punto de emprender una hazaña consignada hoy en los anales del deporte *amateur* como insólita y heroica.

El equipo del Capi trataría de coronar el Colmenar, la punta más alta de la Sierra Madre de Santísima. Años atrás lo había intentado, con poca fortuna, el Jinete Molina, ídolo de Tríptico. A escasos cien metros, lo más ciento cincuenta, de alcanzar la meta, un pedrusco se desprendió del Colmenar. La piedra no causó daño a terceras personas; el único inconveniente fue que a esta iba prendida la mano del Jinete Molina, y a la mano su brazo, y a su brazo el cuerpo entero del montañista, que se desplomó al vacío. Jamás se volvería a tener noticia de Oliverio Molina, pero le hicieron un bonito entierro de cuerpo ausente, pues no hallaron su cadáver, aunque se sospecha que los buitres tuvieron oportunidad de disfrutarlo.

El 11 de septiembre de 1974, Tríptico López, el Negro Rodríguez, Lucía Calamaro y Amado Mota, muchachos todos entre los



veinte y veintitrés años, se arrodillaron a las faldas del Colmenar frente a la simbólica cruz en memoria del Jinete Molina; se persignaron, elevaron un Padre Nuestro y, a instancias del Negro, dos *Salve, María*; al cabo, se volvieron a persignar y enseguida se pusieron de pie, al tiempo que, retadores, levantaron la mirada para contemplar la difusa y borrascosa cumbre que les aguardaba. Así, echando mano de sus instrumentos de trabajo, uno a uno, comandados por el Capi, se agazaparon sobre la insondable y áspera piel de la punta más alta de la Sierra Madre de Santísima y se aventuraron en la empresa más costosa de sus vidas.

“*Alea jacta est*” o “la suerte está echada”, sentenció Lucía Calamaro, estudiosa del latín en sus ratos de ocio. No se equivocó; el destino le tenía reservada la primera sorpresa que recibiría la expedición. Fue la primera en caer; por fortuna, sobrevivió gracias al Negro y al amor.

El Negro Rodríguez, que en secreto veneraba a la Calamaro pero nunca tuvo las agallas o el atrevimiento de confesarle su eídética pasión debido a que se con-

sideraba indigno de mujer nacida en tan alta cuna, se despidió de sus compañeros y descendió, con terrible aprehensión en el corazón, en auxilio de la chica. Trescientos metros abajo, el Negro la halló; Lucía respiraba con dificultad y tenía ambas piernas rotas, además de un par de costillas destrozadas.

El bello rostro de Lucía Calamaro no sufrió daño alguno, apenas algunas deformidades. Cuando los socorristas llegaron había tanta sangre que, confusos y asustados, se vieron en la imperiosa necesidad de amputarle ambas piernas, las más codiciadas de la Facultad de Derecho Mercantil de la UAT, y luego, las más admiradas en el anfiteatro de Medicina. Tiempo después, Lucía Calamaro se abocó exclusivamente al estudio del latín y a odiar el resto de su vida al Negro Rodríguez, que la había rescatado de la muerte solo a medias (físicamente hablando), para devolverla a una silla de ruedas que empujaría su salvador, también por el resto de la humillante vida que compartieron.

Amado Mota y el Capi López prosiguieron la incursión sin mayores complicaciones; no obstan-

te, un par de veces la inexperiencia y torpeza de Mota los orilló al borde del abismo. Los montañistas se encontraban a 537 metros sobre el nivel del mar y, sin saberlo aún, ya habían labrado con sus propias uñas su destino en la rocosa epidermis del Colmenar. Calcularon que de seguir con este ritmo, sin premuras ni contratiempos, en un par de días habrían de alcanzar su objetivo y la Madre Naturaleza sería de nueva cuenta vencida por la voluntariosa necesidad de su más terco hijo, el hombre.

Estos eran los dispersos pensamientos que se sucedían en la cabeza de Amado Mota cuando, en un parpadeo, rodeó la discontinua cintura del Colmenar y una hiedra venenosa lo acarició tiernamente. Las consecuencias del accidente no fueron inmediatas, pero cinco minutos después, Mota experimentó un incontrolable deseo de rascarse la mejilla y la nariz, que desde luego satisfizo. Entonces apoyó en forma un tanto suicida el pie sobre una saliente deleznable y estuvo a punto de rendirse a las ganas de estornudar, mas pronto se sobrepuso, y lleno de júbilo por haber



resistido estoicamente la tentación, estornudó súbitamente y, por fin, resbaló. Su caída fue ingrata, aunque tuvo ciertas bondades: la comezón cedía ante la fricción de sus largas uñas.

En la cara del Capi López se dibujó un gesto de desazón mientras el cuerpo del bravo Amado Mota, como el de Juan Escutia en el cerro de Chapultepec o el de Oliverio Molina años atrás –según era fama–, rebotaba de roca en roca, desmembrándose golpe tras golpe.

Tríptico López no se amedrentó y continuó su marcha solitaria; a diferencia de sus compañeros, retaba con soberbia a la Parca, así que su avance era en extremo heterodoxo para los cánones del alpinismo, por no decir desordenado, inconsciente e irresponsable. No obstante, esa mañana el Colmenar amaneció de buen humor y fue generoso con el Capi, le dio doscientos metros más de vida y le refrescó el ánimo mediante una ventisca pavorosamente gélida. A esta altura del camino, Tríptico tenía la certeza de que alcanzaría su objetivo, y ante las anodinas facilidades que la Santísima le ofrecía, decidió refu-

giarse, con el fin de salvar mayores dificultades, en una húmeda oquedad que advirtió a unos veinte metros de distancia.

Trepó angustiado hacia la minúscula caverna. Sin embargo, veinte metros después de haber tomado aquella decisión, al asomar la cabeza hacia el interior de la cueva, impulsado por el vano intento de agazaparse en esta, ¡zuapf!, recibió un escandaloso revés.

–¡A volar, pichón! –estalló una voz ronca–. ¡Búscate un agujero para ti mismo, cretino! –amenazó el Jinete Molina, quien cansado de la vida, de su propio mito y las injurias, quiso huir del infierno terrenal, y de los cobradores de apuestas y los aboneros, e hizoles creer, tanto a admiradores como acreedores, que había muerto.

El hecho resultaba insólito e inverosímil a juicio de Tríptico, y más que nada decepcionante. No podía creerlo: cuando el Capi se enteró de la hazaña y triste suerte de Molina, allá en tiempos adolescentes, lo convirtió en su máximo héroe, el ejemplo a seguir. Y, en efecto, aquí estaba.

Tríptico López obedeció sumiso al Jinete y emprendió, en busca

de su propia madriguera, una retirada austera, con un dejo de amargura entre dientes y un bonito nomeolvides de Molina en su mejilla.

El Colmenar, que estaba de veras de mucho muy buen humor, le permitió ascender otros cincuenta o sesenta metros. Después la ventisca arreció y adquirió verdadera facha de tormenta. Mas el empecinado López halló, muy a su pesar, guarida en otra cueva (no menos húmeda que la del Jinete) donde apenas cupo –gracias a sus conocimientos de danza clásica– acostado y con las piernas flexionadas, en graciosa postura de maestro yogui o contorsionista.

La tormenta golpeó al Colmenar durante cuatro largos días; al llegar el quinto, amainó, y en el sexto desapareció misteriosa y fatalmente. Entonces el Capitán del Equipo de Alpinismo de la Universidad Autónoma de Tenayuca, después de hacer una comprimida e inesperada serie de piruetas, pudo husmear el nuevo panorama que le deparaba el Colmenar.

–Triste –dictaminó Tríptico.

Acto seguido, se desenroscó y tomó posesión de su trono al borde de su nueva morada.

Comía unos cacahuates enchilados cuando el amargo Desfile de la Primavera del año pasado brincó a su memoria. Se había tomado la molestia de ir solamente para experimentar la más insípida de las emociones. En un rincón, balanceándose de pie como quien no sabe bailar (o no quiere o no tiene con quién hacerlo) y en la mano un vaso desechable de refresco Lulú sabor grosella, veía cómo gozaban del espectáculo sus amigos. Cuando por fin se encontró solo, descubrió que ya no hallaba fascinación alguna por la vida: todo lo había ganado con muchísimo esfuerzo y todo lo había perdido en un tris. Particularmente la capacidad de asombro. Quizá por eso cada vez buscaba empresas de mayor riesgo, tentativas que lo colocaran en situaciones límite, al filo del desgastado.

El recuerdo de la fiesta lo sustrajo de golpe al presente. Según las cuentas mentales del Capi, era 18 de septiembre de 1974. Tríptico se quitó los guantes y chifló la canción “El jinete”, la de José Alfredo.

—¡Silencio, que estoy durmiendo! —refunfuñó Molina abajo.

Tríptico guardó respetuoso silencio y se dedicó a contemplar el horizonte. Mil y una consideraciones lo asaltaron largo rato, hasta dejarlo casi en cueros. Cuando meditaba sobre la identidad del ser y su razón existencial, su memoria sufrió una escisión en un ir y venir de imágenes sin aparente conexión: el Desfile de la Primavera, otra vez; el día en que ganó el campeonato de esgrima; cuando Lucía Calamaro intentó seducirlo y se precipitó del Colmenar, etc. Sin embargo, las imágenes guar-

## **El recuerdo de la fiesta lo sustrajo de golpe al presente. Según las cuentas mentales del Capi, era 18 de septiembre de 1974. Tríptico se quitó los guantes y chifló la canción “El jinete”, la de José Alfredo.**

daban conexión entre sí, gracias a una lógica implacable, engendrada por un móvil secreto que todavía Tríptico no determinaba y perseguía afanosamente.

No sin razón, equiparó este acontecimiento racional con uno de esos días, que jamás toleraría, en que la suegra rapta a la novia del hijo para referir el añejo árbol genealógico de la familia y su consabido anecdotario íntimo, no sin antes mostrarle el catálogo del impecadero álbum fotográfico donde es sorprendido, por ejemplo, Tríptico diciendo adiós a papá que va al trabajo, o Tríptico haciendo pis en la Navidad del 68 ¿o 69? En fin, que así su insípido pasado solitario raptó mañosamente al Capi, sin que este supiera cuántas horas o minutos transcurrieron a partir del instante; mas el tiempo, tan dilatado y compacto, se convirtió en una especie de herramienta accesoria, lo mismo que su piolet.

Tríptico dejó de pensar repentinamente, cual si acabara de revelársele el misterio de la vida —de su vida— en ese parpadeo que llevara

a la muerte al joven Mota. Buscó frenéticamente algo en los bolsillos de su pantalón, con la esperanza de encontrar ese algo. Y lo encontró.

Se trataba de la deslucida moneda de cinco pesos que siempre cargaba consigo para satisfacer cualquier capricho o incertidumbre afectiva. Volvió los ojos hacia el horizonte luminoso, cegador. El cielo estaba despejado, cobrizos rayos solares inundaban el cielo y la cueva parecía un hornillo.

Tríptico López se desabrochó la chamarra, se quitó con pomposa solemnidad el pasamontañas, llevándose al pecho en ceremoniosa señal de luto, y arrojó lejos, infinitamente lejos, la opaca moneda de cinco pesos.

—¡Hoolaaaa! —gritó, como esperando una urgente respuesta.

—¡Hoolaaaa... laaa...! —replió, segundos después, la voz diáfana y melodiosa del eco, que a poco languideció como la nostalgia de Tríptico, un susurro apenas audible que finalmente se extinguió en los ahebrados haces de luz.

Todo era silencio, únicamente la respiración del Capi hendía a intervalos ese anhelado arrobamiento. Al oscurecer, una fría sonrisa de satisfacción asomó tímida en su rostro.

Nunca había estado en mejor compañía. **LPyH**

**Gerardo de la Cruz** (Ciudad de México, 1974) es escritor y editor. Fue becario del Fonca. Ha publicado las novelas *La inacabada vida y obra de J. Chirgo* (Terracota, 2015) y *El capitán implacable* (Alfaguara Juvenil, 2018), entre otras.